

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Mercado de trabajo y sectores medios urbanos en el conurbano bonaerense.

César Caamaño.

Cita:

César Caamaño (2004). *Mercado de trabajo y sectores medios urbanos en el conurbano bonaerense. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/629>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MERCADO DE TRABAJO Y SECTORES MEDIOS URBANOS EN EL CONURBANO BONAERENSE

Lic. César Caamaño

UBA

Ceoscaam@yahoo.com.ar

RESUMEN

En la ponencia se analiza el papel de los sectores medios urbanos y su situación, tanto en relación con el mercado de trabajo como en las condiciones de su vida material, en Argentina. La ecuación ***incluidos-vulnerables-excluidos*** y el universo de “*ganadores*” y “*perdedores*” dentro de los sectores medios son abordados en este estudio a través del análisis de tres localidades del conurbano bonaerense que, a nuestro juicio, reflejan las distintas realidades -a nivel colectivo y simplificando el escenario- en que se ven inmersos los mismos: la cabecera de Vicente López, como espejo de aquellos grupos que han logrado obtener beneficios con el modelo neoliberal; la cabecera de Lomas de Zamora, como representante de los sectores medios que mantienen su estatus pero se sienten vulnerables a los vaivenes económicos; y la localidad de La Tablada -La Matanza-, como paradigma de la nueva pobreza.

¿Cómo influye el nuevo escenario socio-económico en el nivel de vida de los estratos medios urbanos,?¿cuáles son los impactos de las reformas

neoliberales sobre el mercado de trabajo?, ¿puede seguir considerándose al mismo como eje de integración social?, constituyen algunos de los interrogantes planteados a lo largo del trabajo.

Palabras iniciales

La ponencia forma parte de un proyecto más amplio¹ en el cual se analiza el papel de los sectores medios urbanos y su situación, tanto en relación con el mercado de trabajo como en las condiciones de su vida material, en Argentina, centrándose en los conceptos de **vulnerabilidad** y **nueva pobreza** y en la dicotomía **exclusión - inclusión**. Por consiguiente, y en vistas de las características exigidas por el Comité Organizador para la presentación de ponencias, en estas líneas sólo presentamos algunos aspectos tratados en dicho proyecto, sin ser abordados con la profundidad que el tema amerita, aunque con la suficiente claridad para comprender la problemática planteada en torno a la cuestión de las llamadas “clases medias”.

De cualquier manera, se logra mostrar avances parciales de nuestro proceso de investigación, aclarando que en estos momentos nos encontramos en plena tarea de trabajo de campo, habiendo cubierto recién un treinta por ciento del universo previsto. En consecuencia, no se han podido extraer conclusiones definitivas sobre la problemática planteada, pero sí se puede trazar un escenario lo bastante cercano a la realidad actual de los actores que constituyen nuestro objeto de estudio.

¿De qué hablamos cuando hablamos de sectores medios urbanos?

Consideramos como **sectores medios urbanos** a aquellos grupos poblacionales de ciudades con más de 2000 habitantes -con todos los servicios urbanísticos propios de la modernidad- y que por su posición social, o nivel económico-social, y por su nivel cultural se encuentran en una posición intermedia dentro de la cartografía social, distantes de ambos extremos de la misma y con pautas de comportamiento relativamente homogéneas a lo largo del tiempo. Esta clasificación se ve atravesada transversalmente por la noción de acceso a los recursos tecnológicos y económicos y al grado de participación -e inserción- social. En otras palabras, y como acepción común y generalizada, las clases medias urbanas están compuestas por aquellos individuos que viven en las ciudades y que no son ni ricos ni pobres. Ahora bien, luego de la debacle económica de nuestro país y del estrago producido por las reformas de los últimos veinticinco años en la estructura social, ¿corresponde esta definición simple para referirse a los estratos medios?, ¿se encuentran efectivamente en el nivel medio entre la riqueza y la pobreza?. Indudablemente, lo que parecía sencillo de definir no hace mucho tiempo atrás hoy parece algo por demás complejo y engorroso.

Asimismo, y pensando a estos sectores como portadores de un *capital económico, social y cultural*, el abordaje de términos como **idiosincracia** e **identidad** nos permite acercarnos a una definición más certera acerca de la *clase media*. Por *idiosincracia* podemos inferir la idea de “carácter” y comportamiento de un determinado grupo social frente a los avatares de la vida cotidiana y la evolución del desarrollo económico-social (y político) de la

sociedad en la que se encuentra inmerso; mientras que por *identidad* recalcamos la idea que tiene un individuo o un grupo social de sentirse parte integrante de un determinado estatus social, suponiendo presentar las mismas características generales que identifican a dicho estatus. Al respecto, dentro de nuestro análisis rescatamos la noción de *identidad colectiva* como resultante del proceso de construcción de un sistema de acción que responda al potencial de movilización, a las redes de reclutamiento y a la motivación en la que se ven sujetos los diferentes actores; por lo tanto, el proceso de construcción, adaptación y mantenimiento de una identidad colectiva refleja dos aspectos esenciales: la complejidad interna del actor y las relaciones de dicho actor con el ambiente. (MELUCCI; 1999) Precisamente ambas cuestiones, idiosincracia e identidad, constituyen puntos centrales para el análisis de la situación de los sectores medios urbanos en la actualidad, máxime si tenemos en cuenta que las mismas han sido jaqueadas de forma abrupta en los últimos tiempos.

El impacto de las reformas sobre el Mercado de Trabajo

Si la característica principal de la sociedad argentina hasta los años setenta la constituye la gran homogeneidad de su clase media, a pesar de su conformación heterogénea, y un nivel relativamente bajo de pobreza, en la actualidad el fenómeno se revierte, dando paso a una cada vez mayor segmentación en el interior de los sectores medios y a un aumento significativo de la pobreza y la marginalidad (indigencia). La explicación a este fenómeno hay que buscarla por el lado de las transformaciones en el campo económico de la

mano de las recetas neoliberales aplicadas en toda la región, siendo nuestro país su más claro exponente.

El *Consenso de Washington* se presenta como “la” respuesta a la crisis de la deuda externa en América Latina, proponiendo profundos cambios en el rol del Estado. En Argentina, dos factores trascendentales inciden en la definición del proceso reformista: el fuerte cambio de tendencia en los flujos y volúmenes del capital financiero internacional y la llegada al poder del menemismo, esto es, la institucionalización en poder político del nuevo poder social y económico. La secuencia e intensidad de las reformas en nuestro país están condicionadas por la capacidad política del menemismo en lograr la aplicación del primer paquete de reformas, las desprolijidades por las prioridades fiscalistas, la dependencia externa de los agentes ligados a la globalización económica y la ampliación del bloque dominante con la inclusión de nuevos actores y la ampliación, y acumulación, de poder frente a la oposición. (PEREYRA, E.; 2000)

La política de *descentralización* -que en el campo de la política social se manifiesta a través de un proceso de *focalización* y *segmentación*- se conjuga con la retirada en la intervención económica y en la participación en los mercados de factores -incluido el de trabajo- por parte del Estado, piezas angulares de la primera generación de reformas. La subocupación, ya manifiesta durante los años sesenta y setenta, llega a alcanzar ribetes insospechados, precarizando las condiciones laborales en un claro retroceso a circunstancias ya creídas como superadas, lo que sumado a los altos índices de desocupación, conforman un escenario altamente volátil, desintegrador y degradatorio de los

sectores medios, amén del pernicioso efecto producido sobre los sectores tradicionalmente más castigados.²

A modo de síntesis, y a tono con la realidad regional, podemos destacar las características sobresalientes que presenta el mercado de trabajo en Argentina:

- a) *Escasez de empleo* (aumento del desempleo abierto y la subocupación).
- b) *Crecimiento de la informalidad.*
- c) *Generación de empleos mayoritariamente precarios.*
- d) *Crisis de la tradicional concepción del contrato colectivo de trabajo*³.
- e) *Terciarización de la economía.*
- f) *Caída del trabajo asalariado en manos del trabajo autónomo (“changas”).*

Si bien la segunda generación de reformas apunta a una “reaparición” en escena del Estado, podemos apreciar cómo se tiende a un incremento de la productividad y, en detrimento del crecimiento y calidad del empleo, se flexibilizan tanto éste como el salario, además del capital humano, produciendo brechas significativas en la conformación de la oferta laboral. De todos modos, y a manera de remiendos o “paliativos” a esta política, se han tratado de aplicar ciertas medidas tendientes a mejorar la posición de los sectores más perjudicados, medidas que, principalmente, se centran en programas de índole asistencial y coyuntural.

La legislación laboral muestra inequívocos síntomas de una política de reducción de costos laborales y fomento a la movilidad, en claro perjuicio de la estabilidad laboral. Reducción de costos de despido y de contratación, contratos a plazo y eliminación de indemnizaciones, son datos elocuentes del final de la política del bienestar y de una mayor informalización de la economía, claramente en búsqueda de un crecimiento que redunde en un balance positivo en términos macroeconómicos, más allá del balance a nivel social.⁴ Respecto a la política pública de salarios y de empleos, la característica central la constituyen los cientos de programas de emergencia laboral como los subsidios -por cierto, magros- a la capacitación de grupos focalizados; por otra parte, y como elemento adicional a la pérdida de las empresas estatales en manos de grandes grupos económicos (conformados mayoritariamente por capitales extranjeros -principalmente de Europa Occidental y Estados Unidos- con la participación de grupos nacionales), la reducción sistemática del empleo en el sector público constituye un claro perjuicio hacia los estratos medios urbanos. A su vez, las prácticas generalizadas a nivel de la empresa y de la negociación colectiva nos muestran una proliferación de contratos por tiempo determinado, incremento de formas de subcontratación, incentivación a formas alternativas de participación de los trabajadores en la negociación, multifuncionalidad de los trabajadores, etcétera. (WELLER,J.; 2000: 211)

En Argentina, los años ochenta presentan un saldo negativo en relación con la variación de la productividad, por lo cual, se asiste en la década siguiente a fuertes aumentos de la misma a través del cambio tecnológico en detrimento de

la generación de empleo -en otras palabras, “destruyendo” empleo-. El impacto de los mismos sobre la alicaída productividad laboral hace que la variación positiva en la creación de puestos de trabajo sea limitada, a pesar del importante crecimiento del producto. Este incremento de la productividad explica, en parte, el insuficiente dinamismo de la economía para crear la cantidad necesaria de puestos de trabajo requeridos por el aumento de la tasa de actividad y por la presión demográfica. El concepto de productividad resulta fundamental en el nuevo escenario económico, caracterizado por la apertura económica y el intento por aumentar la competitividad de los productos argentinos frente a los importados. La transferencia de la actividad empresarial del Estado (asociada a la producción de bienes y servicios públicos e infraestructura) al sector privado y su concentración en la provisión de servicios sociales, como así también la creciente tendencia a la descentralización, conlleva a una profundización del deterioro del mercado laboral⁵ y, con ello, de los sectores sociales dependientes del mismo.

El impacto de las reformas sobre los sectores medios urbanos

La noción de *capital humano* está estrechamente vinculada al análisis conceptual de los *activos* y *recursos* de los hogares, esto es, de las *capacidades* de los mismos y de la *estructura de oportunidades* que brinda el medio en el cual están insertos.⁶ La actual coyuntura lleva a la reducción drástica de la variedad de recursos por parte de la inmensa mayoría de la población, agudizando no sólo la brecha entre los que más tienen y los que menos tienen, sino -y lo que consideramos más grave aun- promoviendo un acelerado proceso de

desintegración social por demás ambiguo, ya que se tiende cada vez más a formalizar mecanismos de participación política del ciudadano y, paralelamente, a dejar a éste a merced del mercado sin ningún tipo de contención ni por parte del Estado ni de la Sociedad. Y es en esta cuestión donde reside el problema central del estadio actual del capitalismo: la agudización de la dicotomía **inclusión - exclusión** social.

Y dentro de esta dicotomía, términos como **vulnerabilidad** y **nueva pobreza** no pueden pasar desapercibidos. Como *vulnerabilidad* podemos entender aquel estado o zona de riesgo en la que se encuentra un individuo frente a determinada situación o problemática, esto es, a cierta incapacidad que tiene en controlar las fuerzas que hacen a su propia vida.⁷ A su vez, podemos definir arbitrariamente a la *nueva pobreza* como un fenómeno social consecuencia de las diferentes políticas de ajuste de los años ochenta y noventa. Dicho fenómeno puede ser entendido como un doble proceso: por un lado, el empobrecimiento de nuevos sectores sociales no pobres y, por el otro, la pauperización extrema de vastos sectores pobres que los conduce prácticamente a su exclusión social.⁸

Si realizamos una readequación de los estratos sociales según su nivel de inclusión en la sociedad, tomando como eje de integración social al mercado de trabajo, podemos hablar de tres grandes grupos: los *incluidos*, los *vulnerables* y los *excluidos*. Cada grupo está caracterizado por un cierto tipo de estatus laboral, determinado nivel de ingresos y de capacitación: aquellos individuos que han logrado adaptarse al “nuevo modelo económico” se encuentran plenamente incluidos en el sistema social, mientras que aquellos que todavía no han podido

“modernizarse”, dependiendo de la administración pública o de la informalidad, se encuentran en esa “zona de riesgo” límite entre la inclusión y la exclusión.

Las reformas neoliberales afectan tanto a las estructuras productivas como sociales, produciéndose una fragmentación del universo social; siendo la misma una fractura no sólo de carácter horizontal sino también vertical, atravesando toda la antigua estructura social: los *ganadores* y *perdedores* no se identifican con sectores sociales distintos en el origen, esto es, los mismos pueden pertenecer “a grupos profesionales homólogos, es posible que hayan formado parte del mismo colectivo de trabajo y pueden haber gozado antes de condiciones laborales semejantes”. (KRITZ; 1995: 218-219)

La modernización, por consiguiente, además de producir un efecto de arrastre sobre los sectores más atrasados del mercado laboral, amplía o profundiza la fractura tanto en la fuerza de trabajo como en la estructura social, aumentando la desigualdad al interior de las clases medias respecto al acceso a una educación de calidad y, por ende, a mejores perspectivas de vida. Este proceso produce un severo impacto dentro del entramado social, “*desestructurando los niveles medios*” del mismo, “*creando costos permanentes que se expresan en la exclusión y la precarización*” y ofreciendo “*pobres resultados en integración social*”; esto lleva, evidentemente, a que “*la división entre ganadores y perdedores*” comience por “*la declinación de unos sectores en favor de otros*”. (KRITZ; 1995: 222-223)

Con el avance del sistema capitalista el **mercado de trabajo** se constituye en el **eje** de la **integración social**. Particularmente, desde la

instauración del llamado Estado de Bienestar no puede concebirse a la sociedad moderna si no es a través del trabajo y, esencialmente, del **trabajo asalariado**. En consecuencia, al comprobar el resquebrajamiento de dicho eje, no es descabellado inferir una *crisis de identidad y pertenencia* de gran parte del entramado social, esencialmente en aquellos grupos que, como los sectores medios urbanos, han construido y concebido su vida -y la de sus descendientes- a partir de la seguridad del trabajo.⁹

A lo largo de la década del noventa, los sectores medios urbanos ven cómo el devenir de la economía comienza a castigarlos. Si bien durante los años ochenta una parte de sus estratos más bajos -y no tanto- se ve arrastrado a la pobreza, es recién en la última década en donde el conjunto de los sectores medios ve realmente en peligro su estatus social, se siente *vulnerable* a los vaivenes del modelo económico. Precisamente, la crisis del Estado Social puede asociarse estrechamente a la noción de que dicha vulnerabilidad ha socavado la capacidad de los tradicionales mecanismos de integración social. Esto lleva a que los sectores medios no puedan adaptarse, social y culturalmente, a la nueva coyuntura crítica: económicamente, sus ingresos son bajos; socialmente, han dejado de pertenecer al mundo del trabajo, al menos, formalmente; empero, todavía conservan ciertos hábitos y costumbres que los hace diferenciarse de los “pobres”, considerándose ellos mismos como “no pobres”. No pueden aceptar su situación, pero al mismo tiempo, saben que su realidad no es la de años atrás, con lo cual, y a pesar de su “resistencia”, van perdiendo su propia identidad y su sentido de pertenencia, tanto a un lugar como a su propia condición de clase.¹⁰

Este escenario dual, conformado por los “ganadores” y “perdedores” del modelo, se manifiesta principalmente en el interior de las clases medias, ya que la desmantelación del modelo de integración característico del Estado Social pone en tela de juicio las representaciones de progreso y toda pretensión de unidad cultural y social de dichos sectores. La dimensión colectiva que adopta el proceso de movilidad social descendente deposita en el lado de los “perdedores” a vastos grupos sociales entre los que se destacan los empleados y profesionales del sector público, los comerciantes y los trabajadores autónomos; mientras que del lado de los “ganadores” pueden enrolarse aquellos grupos asociados al ámbito privado, particularmente, los vinculados a los nuevos servicios (gerentes, empresarios, profesionales y personal altamente calificado). Esta evidente fractura social provoca un debilitamiento, o peor aun, la ruptura de los lazos culturales y sociales existentes al interior de la otrora poderosa clase media argentina, incrementándose cada día más la enorme brecha existente entre los “nuevos pobres” o “perdedores” respecto de los “ganadores” de su propia clase (GONZÁLEZ BOMBAL - SVAMPA; 2002).

En relación a esto, y teniendo en cuenta el sesgo producido al interior de las clases medias, podemos hacer mención a lo señalado por Mora y Araujo respecto a los nichos socioculturales en términos de estilos de vida que las nuevas condiciones sociales y económicas están diferenciando:

- La *cultura de la afluencia*: estilo de vida propio de las áreas ricas de la sociedad.

- La *cultura de la clase media competitiva*: la educación formal, el entrenamiento informal y las aptitudes competitivas permiten a sus miembros aspirar a la movilidad social ascendente.
- La *cultura del sindicalismo activo*: orientada a defender posiciones económicas relativamente favorables que se ven amenazadas por la escasa competitividad de los sectores que ella “defiende”.
- La *cultura de las clases medias tradicionales*: sostenida en ocupaciones de baja calificación y baja productividad, amenazadas por procesos de movilidad descendente que pueden arrastrarlas a posiciones socioeconómicas más bajas.
- La *cultura de la pobreza*: incorpora paulatinamente a sectores socioeconómicos tradicionalmente menos expuestos. (MORA Y ARAUJO; 2002)

El primer nicho sociocultural corresponde claramente al estilo de vida de los sectores altos. El segundo nicho es posesión de aquellos sectores medios que han salido “ganadores” en la puja entablada por el nuevo modelo y están en una posición intermedia entre los sectores altos y los medios “en transición”, más cercanos a los primeros que a estos últimos. El tercer nicho hace referencia a un segmento de la población -minoritario- que se ha visto beneficiado por las nuevas condiciones, y que puede asociárselos con los sectores medios en transición -sin la percepción negativa que se les aduce a éstos-. Por su parte, los dos últimos nichos se corresponden con los sectores “perdedores” del modelo, constituyendo la cultura de las clases medias tradicionales el grueso de los

sectores medios en transición y la cultura de la pobreza el de los nuevos pobres y pobres estructurales.¹¹

De esta manera, puede observarse una segmentación de la sociedad argentina que concentra en un extremo a casi el 20 % de la población y en el otro a cerca del 35 %, quedando el 45 % restante en una posición intermedia con una fuerte tendencia a acercarse al extremo inferior. Estos guarismos nos indican que solamente casi dos de cada diez argentinos han salido “ganadores” en el cambio de modelo o, al menos, han logrado adecuarse satisfactoriamente a las nuevas condiciones socio-económicas. Asimismo, pueden resaltarse dos procesos de gran importancia: el aumento del tamaño del segmento bajo de la sociedad debido a la movilidad descendente de las clases medias y la creciente tendencia a un clivaje al interior de las mismas, separando cada vez más a los grupos altos de los medios y bajos de su tradicional fisonomía. Esto marca una nueva configuración en el cuadro de las diferenciaciones sociales en nuestro país, ya que una sociedad como la nuestra que supo presentar una situación de homogeneidad en sus clases medias y segmentar a una clase baja relativamente reducida -en contraste con el resto del continente-, va dando paso a una sociedad con una clase baja en constante y vertiginoso aumento y una segmentación creciente -y pronunciada- al interior de su clase media.

Fragmentación y disgregación

Este cuadro de polarización, en el cual los estratos medios ven cómo se fragmenta su composición hacia uno u otro segmento del entramado social, con su consecuente grado de segregación, comienza a influenciar cada vez con

mayor énfasis en la vida urbana en general, modificando, por ende, la fisonomía y estructura de los principales conglomerados urbanos. Por consiguiente, se llega a una mayor dispersión territorial de dichos estratos, especialmente en el área metropolitana, dando lugar a la existencia de especies de *ghettos* insertos dentro de la geografía urbana, amén de los constituídos tradicionalmente por los sectores más pobres y más ricos de la sociedad. Ciertos grupos de los estratos medios, contribuyendo aun más a la segregación social y de su propio estrato, han construido barrios cerrados con seguridad propia y recreaciones y servicios básicos propios y “exclusivos”.

Paradójicamente, estos grupos que han salido fortalecidos tras la implementación de las políticas neoliberales y que se encuentran dentro de los sectores incluidos del sistema, han iniciado un derrotero de “autoexclusión” del entramado social aunque hacen valer sus derechos políticos e imponen ciertas reglas de juego al circuito económico y productivo de la sociedad. El fenómeno de las urbanizaciones privadas es por demás ilustrativo del proceso de reconstitución de los actuales marcos de sociabilidad: los más de cuatrocientos emprendimientos de *barrios privados* y *countries* para el Gran Buenos Aires -y los varios de decenas que se contabilizan en Córdoba, Rosario o Mendoza, por ejemplo- como las *chacras* o los *megaemprendimientos* (pueblos o ciudades privadas), la mayoría de los cuales están ligados a matrimonios jóvenes pertenecientes a la llamada *clase de servicios*¹² producto del proceso de terciarización de la economía, dan cuenta plena de ello.

Pueden constatarse tres grandes temas que atraviesan los discursos y las representaciones sociales de los sujetos: el estilo de vida, la relación entre lo público y lo privado y la fractura social. Este proceso de “distanciamiento” se vive -y percibe- de diferentes maneras: para aquellos que se encuentran en lo más alto del escalafón social (y que cuentan con “antigüedad de clase”), la distancia social se presenta como algo natural sin ningún tipo de conflicto entre las representaciones sociales de ayer y las actuales; en cambio, para otros la distancia social aparece problematizada, especialmente, para los que todavía se consideran pertenecientes a la antigua clase media, más allá de su elevado estatus de vida.

Este proceso de suburbanización ha sido descrito por los especialistas en urbanismo como el desplazamiento de un modelo de “ciudad abierta” europeo (destacándose la noción de espacio público y la valoración de la ciudadanía política y la integración social) a un modelo de “ciudad cerrada” norteamericana (noción de ciudadanía “privada” que refuerza la fragmentación social). Por consiguiente, la homogeneidad cultural de la antigua clase media termina por diluirse ante el proceso de fragmentación social, rompiéndose los principios identitarios de pertenencia para estos segmentos “privilegiados”. En las nuevas comunidades cerradas, la exitosa clase media de servicios ahora sólo “se codea con los ricos globalizados”, conformando una matriz social más jerárquica y rígida, apuntalando un proceso de “integración por arriba” (GONZÁLEZ BOMBAL - SVAMPA; 2002).¹³

Del otro lado, el ejército urbano que constituye la llamada nueva pobreza ha visto en el sistema del “trueque” una alternativa que sirva para “reinventar el mercado” y “reinventar la vida”, postulándolo como una salida al patrón de desarrollo que ha llevado a la exclusión social a amplios sectores de la población. El trueque aparece, entonces, como un vínculo social de otro tipo que se basa en la “confianza” y en la “reciprocidad”. No es la misma relación que se establece, y el significado que se le atribuye, cuando se intercambian “saberes” o “servicios” que cuando el trueque es la única posibilidad de garantizar la alimentación del hogar. La salida del ámbito privado es efecto de una necesidad - no querida- y es percibida como una pérdida de espacios de autonomía y de sacrificio de la vida privada. Las causas de la caída del estatus son identificadas como globales pero la salida es vista como puramente individual. Las personas se ubican como habiendo sido parte de una clase media que ahora no existe; es más, la misma deja de existir cuando ellos dejan de pertenecer a ella: la imagen de la sociedad argentina que poseen es la de una estructura social dual, donde sólo existen ricos y pobres. Estos sectores claramente están embarcados en un proceso de “integración social por abajo”.

Tres escenarios ... ¿tres realidades?

No todo el análisis de la polarización y fragmentación de los sectores medios urbanos pasa por los barrios cerrados o por los clubes de trueque. Estos son sólo una pequeña parte del universo que comprenden los estratos medios. La ecuación ***incluidos-vulnerables-excluidos*** y la noción de “ganadores” y “perdedores” pueden ser abordados analizando diferentes espacios urbanísticos

que reflejen, a grandes rasgos, las distintas realidades en las que se ven inmersos dichos sectores. Por tal motivo, se han escogido tres localidades del primer cordón industrial del conurbano bonaerense que, a nuestro juicio, reflejan esas realidades -tanto a nivel colectivo como simplificando el escenario-, teniendo en cuenta sus orígenes y su evolución a lo largo de los años. La cabecera de Vicente López, en el norte del conurbano, como espejo de aquellos grupos que han logrado obtener beneficios con el modelo neoliberal; la cabecera de Lomas de Zamora, en la zona sur, como prototipo de los sectores medios que mantienen su estatus pero se sienten vulnerables a los vaivenes económicos; y la localidad de La Tablada -La Matanza-, en el oeste del Gran Buenos Aires, como paradigma de la nueva pobreza.

La elección, por cierto, no es antojadiza, aunque sí arbitraria. Las tres localidades supieron ser, y aun lo son, una suerte de radiografía de la idiosincracia y de la conformación heterogénea de la clase media argentina. Vicente López, otrora centro de veraneo y de descanso de las clases pudientes, fue constituyéndose con el paso del tiempo en refugio de aquellos primeros grupos de clase media surgidos al son de la gran oleada inmigratoria de fines del siglo XIX que lograron un rápido ascenso social a partir de su vinculación con el sector comercial y financiero porteño, muchos de ellos confundiéndose incluso con la incipiente burguesía porteña (si se nos permite utilizar este término para mencionar a esos grupos pertenecientes a la élite económica que posibilitaron la inserción del país en la división internacional del trabajo). Estos grupos, considerados desde un comienzo como el escalón alto de los sectores medios

urbanos, buscaron fuera del espacio geográfico de la ciudad de Buenos Aires su lugar de residencia fija, lugar que tuviera cierto “estatus” acorde a su nueva situación económica y que les permitiera “codearse” con los sectores altos de la estructura social.

Por su parte, Lomas de Zamora fue creciendo al calor de la segunda gran oleada de comienzos del siglo XX, principalmente, por la posibilidad que se les presenta a los nuevos profesionales y obreros calificados de adquirir su propio terreno y tener, por consiguiente, su “casa propia”. Los terrenos adyacentes a la zona sur de la ciudad de Buenos Aires se convirtieron en una excelente oportunidad para lograr el tan ansiado progreso, a la vez de constituirse en un lugar no muy distante del centro pero al mismo tiempo lo bastante alejado para forjar su nueva vida en paz y tranquilidad. Los barrios céntricos de Lomas, Banfield y Temperley fueron levantándose como verdaderos monumentos a las expectativas y sueños de los sectores medios de la incipiente clase media, conformando la esencia, desde nuestro punto de vista, de la idiosincracia e ideario de vida del prototipo del representante de dichos sectores. La tradicional cultura de la clase media, amén del corazón neurálgico de la ciudad de Buenos Aires (los barrios de Flores, Caballito, Almagro, San Cristóbal, Balvanera, etc.), se va formando en estas localidades del sur del Gran Buenos Aires, lugar residencial por excelencia “desintoxicado” del ruido de las fábricas y del alboroto típico de la “city” porteña.

Finalmente, La Tablada es un buen ejemplo del ascenso social de los trabajadores en épocas del primer peronismo, terminando de conformar la

fisonomía de la clase media nacional. Zona en donde primaban las grandes casonas con huertas, fue transformándose en la época de la industrialización por sustitución de importaciones en un lugar eminentemente fabril, constituyendo junto a Villa Madero y Villa Luzuriaga un paisaje urbano en el cual se destacan construcciones sencillas que acompañan el crecimiento industrial, fiel reflejo del último grupo que se suma a los sectores medios y que representa a los estratos más bajos de los mismos. A diferencia de lo que sucede con Lomas, en donde existe una combinación entre edificios de departamentos, casas y chalets, y de Vicente López, en donde prevalecen los grandes chalets, sin desmerecer la existencia de imponentes edificios de propiedad horizontal, La Tablada se caracteriza en su momento de esplendor por la sencillez, humildad y calidez de sus viviendas, la mayoría de las cuales habitadas por sus propios constructores y/o propietarios.

Las sucesivas crisis económicas que padeció nuestro país, al igual que el proceso reformista de los noventa, golpearon fuertemente, como ya apuntáramos, a los estratos medios urbanos, aunque con diferentes matices e intensidad. El efecto causado sobre estos sectores, paradójicamente, está íntimamente ligado con su propia historia y evolución. Consideramos que no es casual que los que hayan salido “ganadores” sean aquellos grupos provenientes de las familias pioneras de la clase media argentina, mientras que los que se ubican en el lado de los “perdedores” sean aquellos que más tardíamente han ingresado a dicha categoría social. Como tampoco lo es que el grueso de los sectores medios emergentes hacia las primeras décadas del siglo pasado, por otra parte los que

mejor representan la idiosincracia e identidad de la clase media urbana en nuestro país, sean los que constituyan la “resistencia” de esta clase para conservar su estatus y su posición, más allá de su vulnerabilidad. Obviamente que esto no es algo tan lineal o simple como parecería serlo a partir de nuestro razonamiento, ya que podemos encontrar “ganadores”, “vulnerables” o “perdedores” en cualquiera de los grupos mencionados, pero el grueso de los datos y estadísticas con las que se cuentan, como así también las entrevistas que hemos llevado a cabo y la información propia que hemos recogido, nos llevan a inferir tal afirmación.

Si comparamos con los últimos años de la década del ochenta, podremos observar un mejoramiento en la arquitectura urbanística de la cabecera de Vicente López como en los parámetros de calidad de vida. Si bien es cierto que varias familias, en especial los matrimonios jóvenes con hijos pequeños, han optado por una nueva vida en barrios cerrados en zonas alejadas de la ciudad de Buenos Aires (dentro del llamado “corredor” Pilar), apelando principalmente a razones de seguridad y a “tener más contacto con la naturaleza”, también lo es que la mayoría de los habitantes han permanecido fieles a “su” lugar, tomando las medidas necesarias para resguardar su seguridad sin necesidad de “cercar” sus propiedades (no hablamos de las “clásicas” rejas perimetrales o frontales) o de “aislarse”. Asimismo, no resulta para nada desdeñable la llegada de nuevas familias a esta localidad, provenientes, principalmente, de la ciudad de Buenos Aires o de otras localidades del Gran Buenos Aires, en búsqueda de un lugar más “acorde” a la nueva posición social alcanzada. Tal el caso de Pablo (40

años)¹⁴, que de Almagro se fue a vivir a Vicente López a mediados de la década pasada, como consecuencia de su buen pasar económico y su búsqueda de residir en un ámbito acorde a sus aspiraciones sociales. “Está bien que mi esposa ya vivía en la zona y que sus hijas iban a la escuela por acá. Pero si quería, me podía haber ido a otro lugar, por Palermo, por ejemplo. Pero ... ¿qué mejor que acá, viejo?. Se respira otro aire, es otra cosa...”.

Lomas de Zamora conserva su fisonomía. Quizás, existan nuevas construcciones y su centro comercial, con su calle peatonal Laprida cada vez más parecida a la calle Florida, haya crecido, pero, en esencia, mantiene la geografía de hace quince años atrás. No se registra a simple vista ningún avance, pero tampoco puede identificarse retroceso alguno. Garitas en algunas esquinas y móviles de seguridad privada indican la necesidad de proteger la propiedad privada, en particular, por el crecimiento de “zonas peligrosas” en los alrededores de los barrios céntricos de Lomas, Banfield y Temperley. Ésta es, quizás, la gran diferencia que encuentran sus vecinos respecto a años atrás en relación al barrio. “Yo nací en Temperley, cerca del centro de Lomas, a unas diez cuadras del Hospital Gandulfo, barrio de inmigrantes italianos, muy tranquilo y pujante. Hoy vivo en un edificio de Alem, a dos cuadras de Laprida. Tanto en el barrio de mi madre como en el mío, más allá del ajetreo lógico de la vida céntrica como es en mi caso, lo único malo es el tema de la seguridad. Ya no es como antes en ese sentido” (Beatriz, 34 años).

La Tablada ya no es la misma. En estos últimos quince años, el paisaje ha variado bastante. De apenas algunos asentamientos de personas carenciadas,

casi toda la localidad se ha visto invadida últimamente por bolsones de pobreza, cirujeo, vagancia y delincuencia. Además del tremendo incremento del consumo de droga y alcohol entre los más jóvenes. El barrio de emergencia “Godoy Cruz”, de sólo un par de manzanas, hoy se ha triplicado y con ello, se ha incrementado la violencia, algo muy esporádico no mucho tiempo atrás. Varias calles de la localidad siguen sin asfaltar y muchas de las casas se han deteriorado ostensiblemente, sin que sus ocupantes puedan hacer algo para mejorarlas. “Hace más de cincuenta años que vivo acá. Amo al barrio, por eso me dá tanta bronca y lástima. Esto no es la Tablada que soñaron mis padres ni nuestra generación. Cuando veo en qué condiciones se encuentra el barrio, me dan ganas de llorar, te lo juro...” (Antonia, 59 años).

Caminar por las calles de las tres localidades, puede trazar un panorama bastante aproximado de lo que sucedió con el país en las últimas dos décadas. De quiénes se vieron favorecidos con las políticas implementadas y quiénes no. “A buen observador, pocas palabras”, podríamos modificar el refrán popular, y nada más acertado para ilustrar la actual situación de estos centros típicos de clase media. Por supuesto, como ya señaláramos, hay excepciones a la realidad general de cada localidad, pero las mismas no alcanzan a constituirse en argumentos de peso para refutar nuestra hipótesis, lamentablemente. Sí nos llamó la atención una cuestión: cuando preguntamos si se mudarían de barrio si se les presentara la ocasión, los más renuentes a hacerlo fueron los vecinos de Lomas, mientras que tanto los de Tablada como los de Vicente López, respondieron que sí, que lo harían sin ningún tipo de inconveniente o reparo.

Aunque las dos realidades sean diferentes, la insatisfacción parecería ser la misma y hasta los motivos presentan parecidos argumentos.

“Si puedo, me voy. Me daría pena, ya que son muchos años viviendo acá, pero la situación se torna medio tensa, ¿viste?. Cada vez hay más inseguridad, cada vez veo más gente “extraña” por la zona; te miran ‘raro’ porque te va bien. ¿Y uno qué culpa tiene?. Lo que pasa, que no me gusta mucho eso de los barrios cerrados, me sentiría medio ‘prisionera’; eso se los dejo a los más jóvenes. No sé, quizás me vaya, quizás no, pero la posibilidad no la descartamos con mi esposo...” (Zulma, 55 años, Vicente López). “La cosa no va para más, señor. Todos los días pasa algo. Los chicos están terribles. ¿Qué valores tienen ahora?. Yo creo que ninguno. ¿De quién es la culpa?. No sé, de los gobiernos que tuvimos, de los padres, de nosotros. Vaya uno a saber; pero lo cierto es que la cosa está muy mal. Me daría mucha bronca, luego de toda una vida, pero mi hijo me insiste y lo estoy pensando. Quizás me vaya con él a Flores. No sé, pero puede ser ... ¿vió?” (Estela, 51 años, La Tablada). “¿Irme de Lomas?. Ni loco. Si acá estoy bien, ¿para qué?; ¿o usted puede asegurarme que en otro lugar voy a estar mejor?. En todos lados pasa algo, y aquí, dentro de todo, es bastante tranquilo. No señor, de acá no me muevo...” (Raúl, 56 años, Lomas de Zamora).

Paradoja del destino, o consecuencia lógica del modelo neoliberal, los dos extremos del arco que conforman los sectores medios se encuentran disconformes de su lugar de residencia, y en ambos casos por el tema de la seguridad. Aunque en todos los sectores, si se les pregunta sobre la posibilidad de irse a otro país a probar suerte, la respuesta es unánime entre los más

jóvenes: “sí, por supuesto”; mientras que en los más grandes, ya sea por la edad o por tener otras convicciones, la respuesta es distinta. “Ya estoy jugado. ¿Qué quiere que haga a mi edad?. Eso déjeselo a mi hijo, aunque, en verdad le digo, no sé si la cosa es tan sencilla como dicen. Yo creo que, si se les presentan las posibilidades, acá tiene todo para que le vaya bien” (Raúl, 56 años, Lomas de Zamora). “Si puedo parto, loco. ¿Cómo lo voy a pensar? Huyo ya mismo a España, Holanda o donde sea. Seguro que voy a estar mejor que acá. ¿O en otro lugar voy a ganar 500 mangos por laburar 12 horas diarias seis veces por semana?. Acá te explotan, viejo, y no hay chances de nada. Sí que me voy, te lo firmo ya, ja ja ja...” (Emiliano, 23 años, La Tablada). “Es difícil responderte. A mí no me va mal, y a mi familia menos. Pero tengo pocas posibilidades de desarrollarme. Siempre voy a estar ‘pegada’ a mi papá, y eso no es muy estimulante, ¿no?. No sé, tendría que pensarlo, pero puede ser ¿eh?...” (Camila, 25 años, Vicente López).

Respecto a su situación personal, las conclusiones a las que arriban las personas entrevistadas tienen similitud a nuestras presunciones, aunque son variadas, y contradictorias, las opiniones en relación a los “culpables” de la actual situación. Mientras que los que se vieron favorecidos lo toman como un logro personal, los “perdedores” atribuyen su estado a las malas políticas de los últimos gobiernos de turno. Eso sí, todos coinciden en que la situación no es la misma que hace veinte años atrás, que se está peor, pero no todos le echan la culpa al gobierno de Menem; al contrario, hay quienes lo defienden y sostienen que no lo dejaron hacer todo lo que él quería. Para nuestra sorpresa, muchos de

los que opinan de esta manera se encuentran entre los “vulnerables” que dejó el modelo e, incluso, entre el universo de los perjudicados, los “nuevos pobres”. Entre estos últimos, hasta se reivindica al gobierno militar. “Por lo menos, teníamos para comer y darnos algunos gustitos. Había más respeto, más educación. No sé, era otra cosa.” (Estela, 51 años, La Tablada). “Yo no me puedo quejar. Pero reconozco que antes se estaba mejor. Por más que hablen, a Menem no le permitieron hacer más. Yo creo que si lo hubieran dejado, otro sería el cantar. Pero al ‘turco’ le faltó la mano dura como a los militares. Si acá somos hijos del rigor, ¿no le parece?” (Raúl, 56 años, Lomas de Zamora).

“A nosotros nos fue bien. Si bien ya teníamos una posición, mejoramos en los noventa. Mi marido pudo abrir un par de sucursales. Se dedica al negocio del calzado, ¿viste?. Lástima lo del corralito. Igual, pudimos zafar en parte. Pero eso es lo que mató a la gente. No Menem, sino de la Rúa y Cavallo. Lo que hicieron con la plata de la gente no tiene nombre, ¿no te parece?” (Zulma, 55 años, Vicente López). “A nosotros Menem nos mató. Teníamos buen pasar, un campito por 25 de Mayo, una fábrica. Que se yó. Estábamos bien. Es más, yo comencé a trabajar en la docencia para hacer algo, para no “vegetar”, más que mis chicos comenzaron a crecer. ¿Qué iba a ser todo el día, sino?. Ahora, no tenemos más fábrica, nos remataron el último tractor que teníamos, el sueldo no me alcanza ... ¡Si hasta tengo que pedir prestado dinero a mis compañeros para comprarme cigarrillos!” (Antonia, 59 años, Las Tablada). “Personalmente, nos fue bien, tanto a mi marido como a mí. Pero no vivimos en una isla. A mi mamá con la pensión no le alcanza. Trabajaba en un negocio, hasta que nació mi bebé y ahora me lo

cuida. Mi hermana es maestra y el marido hace changas. A mis suegros muy bien las cosas no le van. No sé, me siento una afortunada, pero no es fácil. Estoy 'superestresada' y el 'gordo' también. Ganamos bien, comparando con la mayoría, pero no lo suficiente por lo que estamos trabajando y hemos estudiado. Creo que la sobrellevamos, otra cosa no te puedo decir..." (Beatriz, 34 años, Lomas de Zamora).

Otra cuestión relevante, es la identificación de clase. El sentirse "parte de algo", el sentido de pertenencia. Mientras que los más grandes, en líneas generales, ya sean "ganadores" o "perdedores", se consideran "clase media", entre los más jóvenes su definición no está tan clara. "¿Ricos nosotros?. En absoluto. Nos fue y nos va bien. Tenemos plata, pero no me la creo. Ni ahí somos ricos. Somos una típica familia de clase media, con un poco de suerte, ¿no?" (Zulma, 55 años, Vicente López). "Yo soy clase media, loco. Vivo acá, quiero más, cierto, pero no soy rico, ¿entendés?" (Pablo, 40 años, Vicente López). "Obvio que soy clase media, ¿me viste pinta de pobre?. No... por favor. Ni pobre ni rico, así estoy bien, je" (Ricardo, 44 años, Lomas de Zamora). "Me siento afortunado, pero nunca rico. ¡Por favor!... Acá somos todos de clase media. Es un barrio típico de clase media, ¿o no me diga que no se dio cuenta todavía?" (Raúl, 56 años, Lomas de Zamora). "Soy clase media. Somos clase media. Aunque estemos mal, no tengamos plata, culturalmente nunca nos van a poder doblegar. Es el orgullo que tengo. No me considero clase baja ni pobre, aunque a veces no tenga para comer" (Antonia, 59 años, La Tablada). "No, pobre no soy.

Soy un laburante que todavía se considera de clase media. Clase media baja, eso sí, pero clase media al fin” (Luis, 47 años, La Tablada).

Ese sentido de pertenencia, es relevante, aunque muchos de ellos hayan dejado atrás algunas características típicas de la idiosincracia de la clase media. En La Tablada, por ejemplo, cada vez se lee menos diario y son pocos los que van regularmente al cine (y menos aun, al teatro), pero la identidad colectiva de sentirse parte integrante de la clase media no se ha perdido. Al igual que lo que sucede en el otro extremo. En Vicente López, no se piensa en ser de una “élite”, aunque traten de diferenciarse de los que menos tienen, eso lo dejan bien en claro todos los entrevistados (“no somos ricos, pero tampoco nos confundas con los de ‘medio pelo’, ¿me entendés?”, nos comenta Zulma). Muy distinta resulta ser la visión de los más jóvenes. “¿Clase media? ¿Qué se yo?. A mí me tiene sin cuidado. Estoy bien. Tengo plata, departamento, casa, coche, viajo a Europa cuando quiero. ¿Eso es ser clase media?. Por lo menos, en Argentina creo que no, no sé, bah. Aunque no puedo afirmarte que sea ‘clase alta’. No soy de una familia ‘tradicional’, ¿a eso te referís, no?” (Camila, 25 años, Vicente López). “Yo soy pobre, viejo. Un laburante explotado. Mis viejos habrán sido de clase media. Yo no. ¿No ves dónde vivo?. Esto es un rancho, viejo. No vivo en ‘La Palito’ (la villa de emergencia más grande y popular de la zona) porque conseguí esto, y para no darles un disgusto a los viejos” (Emiliano, 23 años, La Tablada). “¿Clase media yo?, no, jaja. Soy pobre, loco. Trabajador, honrado, pero pobre. ¿Me entendés, no?” (Gonzalo, 25 años, La Tablada). “Por supuesto que soy de clase

media. No soy ni rica ni pobre. ¿O no es eso ser clase media, acaso?” (Jimena, 22 años, Lomas de Zamora).

A modo de conclusión

Podríamos seguir mostrando más expresiones de estos representantes de la vapuleada clase media argentina, pero ni el tiempo, ni el espacio ni el sentido de nuestro trabajo nos lo permiten. Recalamos el carácter del mismo como simple muestra del estudio en el que estamos insertos. De todos modos, creemos que algunas características de la situación de los estratos medios urbanos han podido señalarse. Hemos observado el impacto de las reformas sobre el mercado de trabajo y sobre las condiciones de la vida material de dichos sectores. Al menos en el Gran Buenos Aires, puede constatarse la disparidad de calidad de vida entre los integrantes de los estratos medios. Puede palpase una fragmentación a su interior, como una disgregación y pérdida de identidad, en particular entre los más jóvenes.

Esta fragmentación social no sólo altera profundamente las condiciones de vida de los sectores medios -al ser librados al arbitrio del mercado sólo pueden “ganar” aquellos que estén capacitados para hacerlo, esto es, que cuenten con atributos como calificación profesional, inserción política, patrimonio previo, “golpe de suerte”, etcétera-, sino también reconstituye la estructura social y redefine las concepciones acerca de lo público y lo privado y las identidades colectivas -e individuales-. Si bien, todavía puede hablarse de cierta identificación de clase entre los más grandes, es alarmante la falta de ella entre los jóvenes. ¿Qué sucederá en los años venideros?. Es una pregunta temerosa y temeraria

que día a día nos vamos haciendo. Pregunta que nos lleva a otras relacionadas con la concepción de ciudadanía, vital para entender, y encarar, los tiempos por venir. ¿Puede plantearse la ciudadanía como hasta hace veinte años atrás o debe reconceptualizarse?; ¿el impacto de las reformas ha generado un proceso tal de vulnerabilidad que sólo puede hablarse de un pequeño grupo de incluídos, sintiéndose la gran mayoría de la población vulnerable ante cualquier política implementada?; ¿los sectores medios tradicionales han visto derrumbar sus expectativas, siendo ellos, paradójicamente, los que históricamente han sostenido al Estado liberal?. Indudablemente, estos interrogantes nos llevan a presuponer que, si existen las intenciones de encauzar nuevamente a nuestra nación en el rumbo del crecimiento, los hacedores de políticas públicas no deben menospreciar ni ignorar a los estratos medios, en especial, a sus jóvenes. No quisiéramos terminar por reconocer una Argentina totalmente polarizada, con pocos ricos y muchísimos pobres. Todavía, creemos, estamos a tiempo de impedirlo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ABADI, J.E.-MILEO, D.; *Tocar fondo. La clase media argentina en crisis;* Sudamericana; Bs.As., 2002.

ALTIMIR, O. / BECCARIA, L.; “*El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina*”; Proyecto “Crecimiento, empleo y equidad: América Latina en los años noventa” (HOL/ 97/6034); CEPAL, LC/L.1217, Serie Reformas Económicas 28; Chile, julio 1999.

ARROYO, Daniel; *“El cambio de la estructura social y las nuevas formas de organización en Argentina”*; mimeo; Bs.As., 2001.

BECCARIA, L. y LÓPEZ,N. (comps.); *Sin Trabajo*; Unicef / Losada; Bs.As., 1996.

BECCARIA, L. y MAURIZIO,R.; *Movilidad ocupacional en Argentina*; UNGS, Inst.de Ciencias; Informe de investigación N° 18; Bs.As., 2003.

BECCARIA, L. y otros; *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*; Ed. Biblos / UNGS; Bs.As., 2002.

CARPIO, J. / KLEIN, E. / NOVACOVSKY, I. (comps.); *Informalidad y exclusión social*; FCE / Siempre / OIT; Bs.As., 1999.

CEPAL; *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2001*; Santiago de Chile, diciembre 2001.

DI MARCO, Graciela y otros; *Movimientos Sociales en la Argentina. Asambleas: La politización de la sociedad civil*; J.Baudino Ediciones / UNSAM; Bs.As., 2003.

FILMUS, Daniel; *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*; Eudeba / FLACSO; Bs.As., 1999.

GONZÁLEZ BOMBAL, I. - SVAMPA, M.; *“Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo”*; SIEMPRO-Doc.Trab.N°3; Bs.As., 2002.

INDEC; información de prensa e instantáneas; números varios; Bs.As., 2002 / 2004

ISLA,A./LACARRIEU,M./SELBY,H.; Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en los tiempos de Menem; Norma; Bs.As., 1999.

KAZTMAN, R. Activos y estructuras de oportunidades; PNUD, CEPAL; Montevideo, 1999.

KLEIN, Emilio; *“Mercados laborales, estratificación y desigualdades sociales. Una mirada sobre la situación en América Latina”*; Cuadernos del Foro sobre Desigualdad y Exclusión Social - SIEMPRO; Bs.As., 1999.

KRITZ, E.; *“Reestructuración del mercado de trabajo y equidad social. Los desafíos de la modernización”* en BELIZ,G. (comp.); Política Social: la cuenta pendiente. Claves para enfrentar la pobreza en la Argentina; Sudamericana; Bs.As., 1995.

LÓPEZ, Néstor; *“La articulación de las familias con el mercado de trabajo y su impacto sobre los adolescentes”*; SIEMPRO-Doc.Nº 5; Bs.As., 2002.

LO VUOLO, Rubén (comp.); Contra la exclusión. La propuesta de ingreso ciudadano; Miño y Dávila - CIEPP; Bs.As, 1995.

LO VUOLO,R./BARBEITO, A.; La nueva oscuridad de la política social. Del Estado populista al neoconservador; Miño y Dávila - CIEPP; Bs.As.- Madrid, 1998.

MELUCCI, Alberto; Acción colectiva, vida cotidiana y democracia; Colegio de México; México, 1999.

MINUJIN,A.- ANGUITA,E.; La clase media. Seducida y abandonada; Edhasa; Bs.As., 2004.

MONZA, Alfredo; “*La crisis del empleo en la Argentina de los noventa*” en ISUANI,A. y FILMUS,D. (Comps.), *La Argentina que viene*; Ed.Norma; Bs.As., 1998.

MORA Y ARAUJO, Manuel; “*La estructura social de la Argentina: Evidencias y conjeturas acerca de la estratificación actual*”; Div.de Desarrollo Social, CEPAL; Stgo.Chile, set. 2002.

PEREYRA, Elsa; “*Las reformas de primera y segunda generación en la Argentina: acerca del rol del Estado en el desarrollo*”, en *Revista Taller*, N° 12, abril de 2000.

REPETTO, Fabián; “*Gestión pública, actores e institucionalidad: las políticas frente a la pobreza en los '90* ” en *Rev. Desarrollo Económico*; N° 156; IDES;Bs.As., enero-marzo 2000.

SIEMPRO; “*Informe de la situación social de la provincia de Buenos Aires mayo 1998-mayo 2002*”; Bs.As., 2002.

TOKMAN,V. / O'DONNELL,G. (comps.); *Pobreza y desigualdad en América Latina. Temas y nuevos desafíos*; Paidós; Bs.As., 1999.

TORRE, Juan Carlos; *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*; Paidós; Bs.As., 1998.

WELLER, Jürgen; “*Procesos de exclusión e inclusión laboral: la expansión del empleo en el sector terciario*”; Div.de Desarrollo Económico, CEPAL; Santiago de Chile, diciembre 2001.

WELLER, Jürgen; *Reformas económicas, crecimiento y empleo. Los mercados de trabajo en América Latina y el Caribe*; FCE / CEPAL; Santiago de Chile, 2000.

¹ **“Mercado de trabajo, sectores medios urbanos y ciudadanía en Argentina de comienzos del siglo XXI. Una mirada general sobre la situación de los sectores medios urbanos en relación al nuevo escenario económico-político-social a partir del estudio de tres localidades del conurbano bonaerense (La Tablada, Vicente López y Lomas de Zamora)”**. Tesis en elaboración para la Maestría en Política Social, Facultad de Ciencias Sociales - UBA.

² Un informe de la CEPAL (WELLER; 2000: 13-19) destaca que para el análisis del desempeño laboral de las diferentes economías, hay que centrarse alrededor del interrogante sobre la capacidad de generar empleo productivo después de la introducción de las reformas (en el proyecto se hace especial hincapié en la demanda laboral, representada por el empleo asalariado). Contrariamente a lo esperado, hay preeminencia de evaluaciones negativas sobre el desempeño laboral de la región en los noventa y el impacto que las reformas han tenido sobre ello, como sucede con Argentina.

³ Sobre la crisis de la idea del contrato colectivo de trabajo, véase FERRARI, A. y LÓPEZ, N. (1993: 137-154). Es interesante cómo los autores, introduciéndonos al tema del contrato laboral y la precarización, tratan de diferenciar lo que denominan contrato de trabajo en el sentido tradicional de “acuerdo de voluntades” y aquel contrato en “sentido estricto” que hace referencia al instrumento o medio por el cual se formaliza el acuerdo entre las partes. Al contrario de otros tipos de contrato, la particularidad del contrato de trabajo en nuestro país es tradicionalmente la del contrato no escrito, el cual, según el artículo 90 de la Ley de Contrato de Trabajo establece la indeterminación del plazo del mismo, garantía de la estabilidad del empleo. Esto es, precisamente, lo que viene a caducar con la desregulación y flexibilización de las leyes laborales en los años noventa en Argentina.

⁴ Un estudio por demás interesante respecto a las transformaciones en el mercado de trabajo en la década del ‘90 en el Gran Buenos Aires, lo constituye el desarrollado por Luis Beccaria y Roxana Maurizio (2003), en el cual se analiza la movilidad del mismo entre 1988 y 1999 a partir de la elevación del desempleo, los cambios en la estructura ocupacional y las modificaciones en la política regulatoria.

⁵ Emilio Klein nos alerta sobre la enorme incidencia que tienen sobre el mercado de trabajo, tanto el proceso de globalización como los procesos de privatización y desregulación. Básicamente, el impacto de estos procesos puede resumirse en los siguientes efectos: a) creación insuficiente de empleos; b) cambios en la estructura del empleo (caída del empleo público, terciarización e informalización y precariedad); c) cambios en los salarios (gran caída del salario real respecto a 1980 y aumento de la brecha entre los salarios más altos y los más bajos); d) cambios vinculados a las situaciones de pobreza y equidad (KLEIN, Emilio; 1999).

⁶ Podemos definir a un *activo* como la cantidad de recursos con los que cuenta un individuo o un hogar, se trate de bienes materiales o no materiales, para lograr su movilidad social, es decir, para tratar de mejorar su situación socioeconómica o, al menos, para evitar que sus condiciones de vida se vean deterioradas o vulnerables a la coyuntura económica. (KAZTMAN; 1999) A su vez, los *recursos* son los *medios* con los que cuenta un individuo para poder *funcionar* en sociedad. Su situación y experiencia laboral, su nivel educativo, sus habilidades o los atributos específicos de su familia, son recursos necesarios para que el individuo pueda enfrentarse con el entorno que lo rodea. Las tres fuentes principales que nos proporcionan la estructura de oportunidades son el *Mercado*, el *Estado* y la *Sociedad*. Para Filgueira (FILGUEIRA, Carlos; “*Bienestar y ciudadanía. Viejas y nuevas vulnerabilidades*”, en Tokman y O’Donnell; 999: 155-157), la estructura de oportunidades del mercado se refiere al empleo, al ingreso y al consumo; por su parte, el Estado debería entenderse en términos de planteos de políticas, siendo una institución de neto corte regulador y ordenador; por último, la estructura de oportunidades de la sociedad puede ser analizada desde dos niveles: el sociocultural y el político (el primero, incluye, entre otras cosas, la presencia -o ausencia- de formas comunitarias de asociación, organizaciones de acción colectiva y estructuras familiares extendidas; mientras que, en el ámbito político, podemos destacar al pluralismo, el sufragio universal, el sindicalismo, etcétera).

⁷ Kaztman sostiene que la vulnerabilidad no es otra cosa que un *desajuste* de la relación existente entre la estructura de oportunidades brindadas por el medio y las capacidades de los hogares para poder acceder a aquellas. (KAZTMAN; 1999)

⁸ Citando a Minujín y Kessler, Fabián Repetto (2000: 602-603) nos recalca la concepción de “nuevos pobres”, incluyendo dentro de ellos a los ex-pobres estructurales que logran escapar de la miseria hacia los años cincuenta y sesenta y a los sectores medios que han visto reducir sus

ingresos por debajo de la línea de pobreza a partir de la crisis originada hacia fines de los años setenta.

⁹ Como sostienen Beccaria y López, existe dentro de las sociedades actuales un *...debilitamiento de los lazos de integración social [...] [con] la consecuente vulnerabilidad que crecientemente enfrentan sus miembros. En una sociedad en la que el mercado de trabajo opera como la base de los mecanismos de cohesión social, la crisis del mismo es la principal fuente de obstáculos a la distribución social de sus recursos.* (BECCARIA, L. y LÓPEZ, N.; 1996: 87).

¹⁰ En nuestra tarea de recopilación de información, hemos encontrado algunos datos curiosos como así también interesantes estudios sobre la vida cotidiana de los sectores populares y medios en Argentina. Tal el caso de ISLA, A./ LACARRIEU, M./SELBY, H. (1999), estudio bastante minucioso sobre las transformaciones sufridas por los hogares, y familias, de nuestro país a partir de las reformas económicas iniciadas en 1989; haciendo hincapié en las condiciones de vida material y en la vida cotidiana de los sectores populares y medios, analiza cuestiones como las características principales del “hogar argentino urbano” (clasificación, relación hogar-mercado de trabajo, distintos niveles de bienestar económico), visiones de género, la situación de las madres solteras, la discriminación salarial, los cirujas, etcétera. También puede citarse el ensayo de ABADI, J.E. - MILEO, D. (2002) el cual trata de adentrarse en la idiosincracia de los sectores medios en los actuales momentos de crisis, aunque sin profundizar ninguna cuestión en particular y basándose, principalmente, en apreciaciones personales de los autores como integrantes de dicho estrato social. De todos modos, consideramos interesante incluir un breve párrafo de dicho trabajo que nos habla del sentimiento de muchos individuos y del estatus que hoy consideran que tienen: *“De turistas prepotentes hemos ido convirtiéndonos, primero, en becarios interesados, y finalmente en refugiados desesperados”* [pág. 143]. Del mismo tenor, pero con un análisis más profundo y delicado, puede mencionarse el reciente trabajo de Alberto Minujín y Eduardo Anguita (2004), el cual pone especial énfasis en el papel de la educación y en la nueva idiosincracia de los jóvenes de clase media.

¹¹ El actual Secretario de Política Social de la Nación hace mención a cuatro sectores claramente diferenciados, teniendo en cuenta la noción de “pérdida” o “ganancia” con el nuevo modelo y la percepción del estilo de vida -aspectos socioculturales, propiamente dichos- concebidos por los mismos. Los sectores **altos**, quienes no sólo se adaptan al cambio de reglas de juego sino que también tienen la capacidad suficiente para acumular riqueza e imponer las condiciones económicas; en segundo lugar, los sectores **medios en transición** que han sabido adaptarse al nuevo modelo, interactuando con el mercado sin la dependencia asfixiante del Estado, percibiéndose, empero, una fuerte tendencia de transición hacia abajo; a continuación, se encuentran los **nuevos pobres** que son aquellos sectores que cubren las necesidades mínimas pero se encuentran en un claro proceso de empobrecimiento -aunque no aparezcan en las estadísticas como pobres-, se autodefinen como excluidos y se ven como los que pagan los costos del ajuste; y, por último, los **pobres estructurales**, quienes no han podido cubrir las condiciones mínimas de subsistencia. (ARROYO; 2001)

¹² Básicamente, la clase de servicios se diferencia de la clase obrera por realizar un trabajo no productivo, aunque la diferencia esencial reside en la calidad del empleo (se ejerce autoridad -funciones directivas- o se controla información privilegiada -funciones profesionales-, por ejemplo). Dentro de ésta pueden distinguirse tres sectores de acuerdo a diferentes tipos de calificación o capital: la propiedad (clase media adquisitiva, empresarial), la cultural (empleados profesionales) y la organizacional (empleados jerárquicos o profesionales con funciones administrativas). [GONZÁLEZ BOMBAL, I. - SVAMPA, M.; 2002]

¹³ Las autoras hablan de dos estilos de “pragmáticos”: los que consideran necesario que el nuevo estilo de vida debe armonizarse y complementarse con nuevos marcos de sociabilidad y los que hacen de la necesidad una virtud, particularmente, en torno al tema de la seguridad (el “afuera” es sinónimo de inseguridad, mientras que el “adentro” es un espacio protegido).

¹⁴ Pablo es una de las veintiocho personas que hemos entrevistado hasta el momento, contando las tres localidades. A partir de este punto, citaremos algunas de ellas para respaldar en parte nuestros argumentos.